

áspera;—aquí no tengo que dar órdenes á nadie; á usted toca, caballero, apreciar la mayor ó menor inconveniencia de su visita.

Dió fin la dama al diálogo con una ligera inclinación de cabeza y, despidiéndose de su padre, así como de sus huéspedes, salió del salón, donde pocos momentos después no quedaba nadie.

III

El asalto á la diligencia.

Al siguiente día, antes de que la campana hubiera indicado la hora del desayuno, el señor Herbelin, á quien la lluvia había impedido dar por el parque su paseo cotidiano, se encontraba sentado en su alcoba, en donde ponía á mal tiempo buena cara con el auxilio de una larga pipa de espuma de mar.

Dos ó tres golpecitos rápidamente asestados á la puerta interrumpieron su agradable ocupación.

El coronel, como un colegial sorprendido haciendo novillos, se levantó; escondió la pipa, sin tomarse el trabajo de apagarla, en uno de los cajones de su mesa de despacho y abrió la puerta

acto continuo. En el dintel vió á su hija coquetamente ataviada con un lindo traje de mañana.

—Lo hubiera apostado—dijo la señora Causade, quien al entrar empezó por abrir las ventanas para dar salida al humo mal oliente que llenaba la habitación.—¿Cuándo querrá usted corregirse de tan fea costumbre? Merecería usted que se le arrestara.

—¡Arrestarme por haber fumado un cigarrito!—respondió el coronel, con el acento de sumisión familiar á los padres que miman á sus hijos.

—¡Un cigarro! ¿Cree usted que no conozco por el olor su horrendo tabaco de hebra? ¿No es así como se denomina ese veneno? Andese usted con cuidado, porque si alguna vez llego á poner la mano en la pipa...

Furtivamente el señor Herbelin quitó la llave del cajón en que había ocultado el cuerpo del delito y se la echó al bolsillo.

—Vamos, Estela, no gruñas—dijo con entonación cariñosa;—te prometo no usar más que los cigarros del señor Tonayrion; esos los toleras; así, pues, levanta mi arresto y ven á darme un beso.

—Besaré á usted cuando no fume—repuso la señora Caussade con mohina terquedad, que, respecto de cualquiera que no fuera un padre, se hubiera asemejado á coquetería.

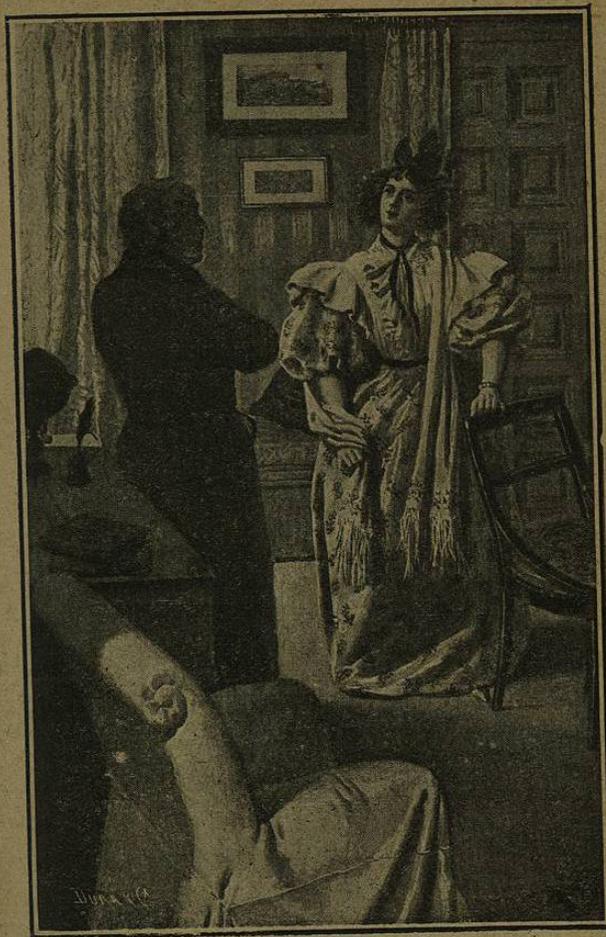
—Como usted quiera, señora—contestó el bueno del coronel, simulando enfado;—pero no creo que haya usted venido aquí con el único objeto de sermonearme. ¿Puedo saber qué es lo que me proporciona el honor de recibir su visita?

—Iba á decirselo—respondió Estela, cuyo rostro encantador adoptó cierta expresión de gravedad:—vengo á despedirme de usted.

—Pero, ¿qué es lo que me dices?—interrumpió el señor Herbelin, mirando á su hija con asombro.

La señora Caussade cogió una silla y se sentó al lado de su padre. Al observar esta maniobra, prelude habitual de las conversaciones confidenciales, éste, á su vez, se puso serio y aguardó en silencio á que la joven se explicara.

—Padre mío—dijo entonces Estela,—sólo pido á usted cinco minutos de atención. Hace año y medio, cuando me quedé viuda, un hombre, á quien usted conoce mucho y que igualmente fué amigo del señor Caussade, pidió mi mano...



... vengo á despedirme de usted.

—¿Sin que yo supiera nada?—interrumpió bruscamente el coronel.

—Sin que usted se enterara. Pensaba mi pretendiente, sin duda, que mi consentimiento había de ser más difícil de obtener que el de usted y juzgó oportuno dirigirse á mí desde luego. Aunque el partido en cuestión me conviniera desde diversos puntos de vista, lo desairé por una razón única, pero á mis ojos poderosísima. Tolerar las atenciones de un hombre cuyas pretensiones no quería aceptar, hubiera constituido una imperdonable ligereza; se me hubiera acusado, y con razón, de coquetería. La persona de quien se trata se vió, pues, obligada á someterse á mi determinación, expresada con toda franqueza, de no volver á recibirla. Un viaje le sirvió de pretexto para alejarse de mí y durante más de un año no hemos vuelto á vernos. Hoy una casualidad, que difícilmente puedo creer no sea algo premeditada, nos ha reunido de nuevo. Esta proximidad me contraría, me estorba, me desagradada, en una palabra, y estoy decidida á ponerle término lo antes posible; pero no es justo que ello ocasione á usted el menor disgusto, ni quiero privar á usted del placer de recibir en su casa

á uno de sus amigos. Soy yo, pues, quien habrá de ausentarse esta vez. Hoy salgo de París y regresaré cuando haya terminado la visita; espero que el interesado tendrá la discreción de no prolongarla.

—Pero, ¿es de Servian de quien quieres hablar-me?—dijo el señor Herbelin, mirando á su hija con expresión de aturdimiento.

—De él mismo—respondió Estela con frialdad.

Levantóse el coronel impetuosamente, dió varios paseos por la estancia con paso acelerado y, deteniéndose al fin ante la joven viuda, dijo bruscamente:

—¡Servian te ha dispensado el honor de pedir tu mano y se la has negado! Si estuviera yo seguro de ello, creo que te desheredaría.

—Pues desherédeme usted, porque es la pura verdad—respondió la señora Caussade, con una sonrisa que parecía desafiar la ira paterna.

—Pero, ¿qué objeción has podido hacerle? ¡A un hombre rico, bien nacido, bien educado, lleno de talento, de cultura y de méritos!... Porque Servian es todo eso.

—Convengo en ello.

—¡Pues entonces!... ¿Será su edad?; ¿le crees demasiado viejo para ti?

—No tiene aún cuarenta años y yo cuento veintisiete. La desproporción no es grande.

—¿Te desagrada su persona?

—No. Me parece bien, por el contrario. Tiene modales agradables y aspecto distinguido.

—¿Reconocerás que tiene talento?

—Talento, cultura, amabilidad, discreción, una muchedumbre de buenas cualidades.

—¿Y no le has aceptado? Pues, ¿qué tienes que echarle en cara?

—¡La menor de las cosas! ¡Una futesal! ¡Una insignificancia!—dijo Estela, dejando asomar á sus labios una irónica y desdénosa sonrisa.

—Pero, ¿qué es ello? ¡Por vida del diantrel!—exclamó el coronel, profiriendo en su impaciencia el terno mayor que su hija le permitía.

La señora Caussade aproximó su silla á la butaca en que su padre había vuelto á tomar asiento y bajando la voz, como si temiera que alguien pudiese oírla desde fuera de la habitación, dijo:

—No conozco á su amigo Servian más que un defectillo; el de ser...

—De ser ¿qué?

—¡Cobardel!

—¡Cobardel!—repitió el señor Herbelin, con tanta indignación como si el ultraje hubiera sido dirigido á su misma persona.—Estela; sé muy bien que, en concepto de niña mimada, tiene usted el derecho de decir cuantas tonterías se le ocurran; pero ésta pasa de castaño oscuro... ¡Por vida de...! ¡Servian, cobardel!

—Mandria, si le parece á usted mejor—replicó la señora Caussade, sin aparentar emocionarse ni poco ni mucho ante la cólera de su padre.—Si quiere usted concederme otros dos minutos más, le demostraré lo que afirmo. Cuando un cristal está rajado, lo mejor es romperlo del todo; pues bien, la valentía del señor Servian está, en mi concepto, más que rajada.

—Habla; te escucho—dijo el coronel refunfuñando.

—Sabe usted que hace dos años, ó sea, aproximadamente, seis meses antes del fallecimiento del señor Caussade, los médicos, desconfiando de curarle, le enviaron á las aguas de Vichy. El señor Servian, desde tiempo atrás, se me mostraba muy asiduo y, además, conocía íntimamente á mi marido. Hizo, pues, el viaje con nosotros, pretextando

tando que asuntos particulares le llamaban á Lyon; pero, en realidad, por no separarse de mí. Entre Nevers y Moulins...

—Sé lo que vas á decir—interrumpió el señor Herbelin;—os aconteció una aventura novelesca; la diligencia fué asaltada por ladrones. Ya me lo has referido.

—Sí; pero lo que no he contado á usted es el papel que hizo el señor Servian en aquella ocasión. Ocupábamos el cupé y sería aproximadamente la una de la madrugada. De repente se deja oír un gran estrépito; se detiene el carruaje, se abre la portezuela y varios hombres con blusa, con el rostro tiznado ó cubierto con antifaz, no sé cual de las dos cosas, nos ordenan brutalmente que nos apeemos. Yo soy una mujer, el señor Caussade era anciano y estaba enfermo; nuestra obediencia era bastante natural, por lo tanto; pero el señor Servian, ¡un hombre en toda la fuerza de la edad, un hombre, en una palabra! Figúrese usted, padre mío, que él fué quien primero se apeó, sin oponer la menor resistencia y recomendando tan sólo á los ladrones que no me hicieran daño alguno. La atención no era galante ni oportuna.

—Los ladrones estaban armados, sin duda—observó el coronel, tratando de justificar á su amigo.

—Hasta los dientes. Pero, ¿qué importa?

—¡Qué importa! ¡Diablo, y qué expeditiva eres! ¿Y si Servian no tenía armas?

—Disponía de dos pistolas colocadas en las bolsas del coche; dos pistolas tan largas como mi brazo y que se dejó quitar tranquilamente por aquellos caballeros, en lugar de romperles la cabeza con ellas.

—Óyeme, hija mía—dijo el coronel, con la perplejidad que experimenta un abogado concienzudo al defender una causa que juzgaba justa, pero cuyos puntos vulnerables le han sido revelados por la discusión;—había mucho que hablar sobre la conducta de Servian en aquella ocasión; y estoy seguro de que, si no estuvieras prevenida en contra suya, verías quizás la cosa bajo otro prisma. Advierte que conviene diferenciar el valor de la temeridad. No es dable á cualquiera romper el fuego sobre una cuadrilla de bandoleros, que lleva sobre el viajero toda clase de ventajas. Se debe, además, tener en cuenta la sorpresa, la natural emoción en tales

casos. Yo mismo, que te estoy hablando y que he tomado parte en todas las campañas del Imperio con bastante lucimiento, si me hubiera encontrado en el puesto de Servian es posible que hubiera procedido como él.

—¡Usted, padre mío!—exclamó la señora Caussade, clavando en el coronel sus bellos y relampagueantes ojos.—Si usted hubiera estado allí hubiera usted cogido una pistola en la mano derecha y otra en la izquierda. ¡Como si lo viera! Hubiera usted muerto á los dos primeros bandidos que se acercaron á la portezuela; los restantes se hubieran declarado en fuga y, ¡arrea, cocherol!

—Es posible, es posible que yo hubiera sido lo bastante loco para hacer eso—contestó el coronel, sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción;—pero piensa en que Servian no tiene, como yo, costumbre de manejar armas; nunca fué soldado y los únicos disparos que ha tenido ocasión de hacer...

—No trate usted de disculparle, se lo ruego—interrumpió Estela con impaciencia.—Mi opinión es irrevocable. Antes de esta ridícula aventura, no he de ocultar á usted que me agradaba

ese hombre. Su trato, su ingenio, su conversación, todo en él me era grato; y una vez libre, es posible que le hubiera amado. Pero, ¿qué sentimiento resistiría á una prueba de esta naturaleza? Cayó la careta y el héroe se desvaneció. Jamás, lo comprendo, podría amar yo á un hombre cuyo carácter no me inspirara confianza y estimación, únicas cosas que legitiman la supremacía de un marido.

—Pero, no sé yo que el señor Caussade haya sido un Aquiles y, sin embargo, te casaste con él.

—¿Cree usted que una muchacha de diez y ocho años se niega nunca á casarse?—dijo riendo la joven viuda;—ahora soy una mujer razonable y, si me viera en el caso de reincidir, me mostraría algo más exigente. La primera vez me casaron, la segunda, me casaré yo... con su consentimiento, padre mío—añadió Estela para dulcificar lo que esta frase pudiera tener de demasiado independiente.

—Ya sabes, perversa niña, que no te contrariaré—respondió el coronel, dándole un ligero golpecito en la mejilla;—tu matrimonio con Servian me hubiera complacido en extremo, porque es un hombre honrado y creo que te hubiera

hecho feliz; pero, puesto que no te conviene, no se hable más de ello. En cuanto á tu proyectado viaje á París, comprenderás perfectamente que es una niñada y que no lo he de consentir. Servian tiene talento, tú misma lo reconoces: comprenderá que su presencia no debe serte agradable y antes de dos ó tres días, puedes estar segura de ello, se despedirá de nosotros. Todo lo que te pido es que de aquí á entonces te muestres cortés con él. Valiente ó no, recuerda que es mi amigo y nuestro huésped.

—Vaya por los dos días—dijo Estela, levantándose;—pero advierto á usted que, si ese señor es lo bastante indiscreto para permanecer aquí más tiempo, le cedo el puesto. Y ahora, que estamos de acuerdo—continuó, sonriendo encantadoramente,—prométame usted que tirará por la ventana su horrible pipa; el señor Tonayrion le dará cigarros y yo besos.

El coronel asió con ambas manos la linda cabeza de su hija y la besó en la frente y en los ojos, á despecho de su fingida resistencia.

—Eso no vale—dijo Estela, lanzándose de un salto hacia la puerta.

—Algo me queda que decirte.

La joven volvió á aproximarse á su padre.

—Puesto que hoy es para ti día de confesión—dijo el coronel con expresión perspicaz,—tanto da que hagas confesión general. Vamos, sé franca: ¿estás enamorada del señor Tonayrion?

—¡Ah! ¡ah!—dijo Estela, riendo malignamente,—¿ha observado usted que el señor Tonayrion me corteja?

—¡Caramba! En la campaña de Rusia se me helaron las orejas, pero no los ojos. ¿A qué quieres que atribuya la frecuencia de sus visitas, sino al deseo ó quizás á la esperanza que abriga de agradarte?

—Puede usted decir la esperanza—contestó Estela con tono confidencial.

—¿Luego tú le permites que espere?

—¿Acaso los hombres necesitan ese permiso? ¡Son tan presumidos!

—Sobre todo él, me parece.

—Él, como los demás; tiene, por lo menos, el mérito de serlo con franqueza y sé que es hombre capaz de hacer compartir á los demás la buena opinión que de sí mismo puede tener formada, de grado ó por fuerza.

—¿Lo crees?

—Estoy segura de ello.

—¿Todo esto quiere decir que estás enamorada del señor Tonayrion?—preguntó el coronel, mirando á su hija con expresión escudriñadora.

—No del todo, padre mío—contestó la señora Caussade, inclinando la cabeza con un mohín un tanto orgulloso;—aún no he llegado á eso. Pero, si más adelante, no hablo de hoy ni aun de mañana, si más adelante ocurriera eso, ¿desagradaría á usted mi elección?

—Me molesta que hayas tardado tanto en hacerme esa confianza—dijo el coronel con seriedad;—yo hubiera debido adquirir noticias y antecedentes oficiales respecto de él antes de permitir que se estableciera aquí con tanta intimidad.

—Pero ¿no le conoce usted?

—Su persona sí la conozco y creo que hasta su carácter. Ni de la una ni del otro tengo nada que decir. Es un buen mozo, apto para agradar á una mujer y, aunque endiabladamente fatuo, se puede vivir con él. Pero de su posición no sé ni una palabra; todo lo que sé es que no ejerce profesión alguna.

—¿Acaso en el mundo elegante es necesario

tener una profesión? ¿Tiene alguna el señor Ser-vian?

—No; pero, en cambio, posee una buena fortuna, muy sólida y muy firme. ¿Quién te dice que el señor Tonayrion podría ofrecer otro tanto?

La señora Caussade se levantó y fué á sentarse sobre las rodillas del coronel con la zalamería que emplean las mujeres cuando se trata de conseguir una victoria.

—Escúcheme usted, mi buen padrecito, y, sobre todo, no se me enfade usted—le dijo con su voz más acariciadora;—en un asunto en que se trata de mi porvenir, no mencione usted, por Dios, miserables cuestiones de intereses. Cuando me casé con el señor Caussade no pensó usted más que en mi fortuna; permítame usted que hoy me ocupe un poco de mi felicidad. Ignoro si es rico el señor Tonayrion; pero supongamos que no lo sea. Con la legítima de mi madre y con lo heredado de mi marido, no puedo considerarme...

—¿Y mi capital, que no tienes en cuenta?—interrumpió el señor Herbelin.—¿Me consideras como un padrastro?

—Ya ve usted—continuó Estela, estrechando

tiernamente la mano de su padre;—ya ve usted que mi posición es lo suficientemente desahogada para que al volver á casarme pueda hacerlo sin consultar exclusivamente la mayor ó menor fortuna que posea el hombre por mí elegido. Si es rico, tanto mejor; si no lo es, lo soy yo suficientemente para los dos... En el señor Tonayrion creo haber encontrado cualidades que, á mi modo de ver, son preferibles á cuantas riquezas existen en el mundo. Posee quizás menos instrucción y hasta menos talento que el señor Servian; pero, en cambio, reúne un mérito sin el cual, á mis ojos, todos los demás son nulos: es valiente.

—¿Y cómo lo sabes?—preguntó el coronel;—¿será porque usa espuelas y se deja el bigote?

—¡Padre!—exclamó Estela ofendida.

—¿Qué quieres? Es uno de mis prejuicios del tiempo del Imperio; no quiero acostumbrarme á ver un burgués, un *paisano*, esta es la palabra, adornado con mostachos, como si fuera un veterano de la guardia.

—Puesto que usted mismo conviene en que eso es un prejuicio, no regañaremos por ello. El único defecto del señor Tonayrion, y á mis ojos no es defecto muy grande—añadió Estela son-

riendo,—es el de haber nacido demasiado tarde. Veinte años antes hubiera sido militar, porque esa es su vocación, según él me lo ha dicho cien veces. Hubiera servido como usted, á sus órdenes quizás; se hubiera distinguido, estaría condecorado, á los veinticinco años hubiera sido coronel...

—¡Ta, ta, tal No vayamos tan deprisa; yo no ascendí á coronel hasta los cuarenta y dos años y, dicho sea sin faltar al respeto al señor Tonayrion...

—Sin duda, tiene usted razón, padre mío; lo que yo quería decir es que lo único que le ha faltado ha sido ocasión propicia para adquirir una nombradía que le hiciera digno del honor de ser yerno de un hombre como usted. Hacerse militar en tiempo de paz hubiera sido risible. Tasca, pues, con impaciencia el freno que á los corazones intrépidos impone el carácter pacífico de nuestra época. Observe usted con qué ardor aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para saciar su pasión por la milicia, innata en él. Últimamente, por cierto, ¿no ha asistido como aficionado á la campaña de Constantina?

—Vamos, vamos, no te acalores—dijo bené-

volamente el señor Herbelin;—lejos de mí la intención de rebajar la gloria de tu héroe; veo que no estás encaprichada por él á medias. ¿De modo que pones gran empeño en que un hombre sea valiente?

—¿Y cómo podría pensar de otra manera, con el modelo que tengo ante mis ojos?—respondió Estela, adulando á su padre con la voz y la mirada á un mismo tiempo.—¡Qué quiere usted!... No en balde soy su hija. Si hubiera nacido hombre, sería militar. Es la primera de las profesiones, la única que puede seguirse con orgullo y con pasión. ¿Se concibe que seres dotados de pelos en la cara se dediquen á ser abogados, notarios ó agentes de Bolsa y que encuentren mujeres que quieran casarse con ellos?

Al pronunciar estas últimas palabras con irónico desdén, mostrábase Estela tan radiante de gracia y hermosura, que el coronel sintió comoverse deliciosamente en el fondo de su corazón todas las fibras de la vanidad paternal.

—Un capitán general, únicamente, sería digno de ti; y aun así, sería preciso que fuera joven—dijo el coronel, casi en éxtasis.—Tonayrion será un tunante afortunado. Si estás decidida á unirte

á él, yo no lo impediré; pero, te lo suplico, no precipites los acontecimientos y reflexiona maduramente antes de decir que sí. Por lo que á mí hace, voy á escribir á París: comprenderás que, antes de otorgarte mi consentimiento, conviene que sepa á qué atenerme respecto de él.

—Escriba usted—contestó la señora Caussade con seguridad.—Estoy cierta de que Raul no teme ninguna clase de investigaciones; es hombre que se presenta bien, lo mismo ante sus amigos que ante sus adversarios.

La campana, anunciando el almuerzo, puso fin á esta conversación y el coronel Herbelin, dando el brazo á su hija, bajó con ella al comedor, en donde sus tres huéspedes se hallaban ya congregados.

IV

El balcón.

La charla indiscreta de la señora Ribois había producido sus frutos. Al ver Servian por primera vez á Raul Tonayrion, desde el primer instante le consagró el odio que inspira siempre al